

Cuatro años para el 98

JOSÉ ANTONIO MARTÍN-PEREDA

Los aniversarios no suelen ser nunca fechas en las que se repitan las situaciones que acontecieron año tras año. Sólo sirven para recordar tiempos pasados que, si fueron mejores, despiertan la añoranza o, por el contrario, alivio, si evocan momentos ingratos.

Hace un par de años toda España se cubrió de la cifra mágica que representaba el 92. Desde casi una década antes, un conjunto de acciones de todo tipo quisieron transformar esa fecha en un instante mágico. Dudo que alguien, de los que vivieron 500 años atrás, tuviera constancia en esos días de que estaba siendo coetáneo de una serie de hechos que transformaban al mundo y, sobre todo, a España. En cambio, en su centenario, todos sentimos sobre nosotros el peso de un año que no vivimos. Los aniversarios de situaciones que dejaron huella suelen ser más señalados que los momentos en los que tuvieron lugar esas situaciones.

Y ahora estamos a cuatro años de otro centenario que, estoy seguro, no se verá adornado con la pompa que lo estuvo el 92. No será celebrado de manera solemne y recibirá tan sólo comentarios breves en los medios de comunicación. Se publicará alguno que otro libro oportunista, con un título atractivo para que pueda tener fácil venta y quizá se haga alguna pequeña serie para televisión, en la que aparezcan algunas figuras y figuras de entonces. Se pasará casi de puntillas sobre él y, como mucho en octubre, se iniciarán los preparativos para lo que pueda ser el cambio de milenio.

Me estoy refiriendo al centenario del 1898.

Cómo se celebran los aniversarios y cuáles depende en gran medida del estado anímico de las personas. Celebrar sólo los de situaciones memorables implica querer volver a un momento que, se supone, fue importante por algo y desear revivirlo de nuevo. Ya se sabe que eso jamás ocurre. Recordar aquellos que supusieron situaciones desagradables podría catalogarse como masoquismo. Pero también de-

bería servir para aprender a leer el pasado y no volver a repetirlo.

El año 1898 fue clave para la mayor parte de las cosas que han ocurrido en España durante este siglo. Un sentimiento de derrotismo crítico empezó a germinar entonces y apenas nos hemos desprendido de él desde entonces. Muchas de las buenas cosas que estaban sucediendo alrededor de ese año se celebraban con charanga y pandereta. Pero apenas se sacó fruto de ellas. Sólo quiero mencionar un caso que, por conocido, no hace falta detallarlo en demasía, que fue tan sólo como un destello en una noche negra. Otros muchos podrían mencionarse, pero la mayor parte corrieron igual suerte. Si el sentimiento de derrotismo a que he aludido antes no hubiera sido el dominante, es posible que sus frutos habrían germinado con más fuerza y ahora viéramos un panorama distinto. Este caso es el de la presencia en esos años de Santiago Ramón y Cajal.

Resulta sorprendente que una figura como la de Cajal, casi el único neurofisiólogo de esos años que es todavía referencia obligada hoy en libros y artículos de todo el mundo, fuera un punto singular sin apenas repercusión efectiva en la investigación de nuestro país. Igual podría decirse de físicos como Blas Cabrera, al que puede verse en infinidad de fotos con todos los grandes figuras de principio de siglo, desde Einstein a Curie.

¿Qué hizo que aquello no fructificara? Simplemente, el sentimiento de derrota que existía y el pensar que nada se podía hacer. Si se hacía algo, si aparecían figuras de renombre se decía que era sólo un reflejo del espíritu individualista hispano, como se decía entonces, que podía dar genios aislados pero nunca colectivos.

En algunos sectores empiezo a ver ahora un sentimiento similar al de entonces. Las industrias se abandonan porque, se dice, ya no son competitivas y es mejor cerrar a tiempo que malgastar esfuerzos baldíos. Las patentes se compran en otros países, porque ya están probadas y hay

menos probabilidad de fallo. Las líneas de investigación se calcan con las de fuera, porque son las que otros hacen y *los otros* no se suelen equivocar.

El hecho cierto es que entre nosotros, no sé si con niveles equivalentes al de Cajal o al de Blas Cabrera, no sé si superiores o iguales, existen personas con talla internacional que podrían ayudar a los sectores de la industria que creemos que están en crisis. Se oye, a veces, que como sus resultados no van a dar frutos en los próximos meses, lo mejor es abandonarlo todo y dejar que nos digan desde fuera lo que debemos hacer. Un sentimiento de derrotismo parece que comienza otra vez a extenderse por muchos entornos, y eso es lo que verdaderamente conduce al fracaso.

Miramos el presente y nos olvidamos del ayer. Nos comparamos con lo que teníamos hace tan sólo una década. No vemos que, a pesar de todo, en muchos sectores, nuestra situación es mejor que entonces. Es evidente que hay entornos en los que la situación es mala. Pero eso no quiere decir que todos los demás están igual. Es preciso analizar lo que tenemos y aprovechar lo bueno para mejorar el resto. Toda nación pasa por momentos bajos pero, si se saben aprovechar aprendiendo, los siguientes pueden ser mejores.

Por eso es necesario prepararnos para conmemorar el centenario de 1898. Es obligado que iniciemos su estudio y veamos en qué se falló entonces para no repetir los mismos errores. No quedarnos sólo con el sentimiento de derrota. Es preciso aprender de los fallos para no volver a repetirlos y ésta es una lección que debe impartirse a todas las escalas de la sociedad. Una tarea a la que obligatoriamente se tienen que dedicar las cabezas pensantes de hoy, con la esperanza de que lo hagan mejor que las de hace un siglo: es preciso recordar el 98 para no caer en otro.

Catedrático de Tecnología Fotónica.